

MEDITACIÓN DEL HERMANO ALOIS DE TAIZÉ *

Constituye para mí una gran alegría el hecho de que se me haya pedido meditar con vosotros el Evangelio de la Transfiguración (Lc 9, 28-36). Creo que puedo manifestar, de parte de todos nosotros, a los cristianos de las Iglesias ortodoxas, nuestro agradecimiento por haber prestado una atención tan grande al significado de la transfiguración, y por haber sido los primeros en celebrarla como una fiesta particular.

La fiesta de la transfiguración fue introducida pronto en Occidente por uno de los primeros abades de Cluny, Pedro el Venerable.

Para nuestra comunidad de Taizé vivir la transfiguración ha sostenido siempre nuestra vocación. El Hermano Roger nos ha hablado de ella muy a menudo.

Este relato del Evangelio nos invita a entrar en una dinámica nueva. Nos ha conducido nada menos que a participar en el misterio mismo de Cristo. ¿Cuál es este misterio? Nuestro texto levanta una parte del velo y nos hace entrever quién es realmente Jesús.

* Traducción de la lengua italiana al español de la Prof. Dra. Rosa Herrera García. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

El Evangelio de Lucas subraya que, en la montaña, Jesús está orando, en una gran intimidad con Dios. La voz que Jesús había escuchado ya en el momento de su bautismo se deja oír ahora a los discípulos: “Este es mi Hijo amado”. He ahí el misterio de Jesús que aparece ante sus ojos: su vida consiste en esta relación de amor con Dios su Padre.

Esta relación de amor con Dios, Jesús no la vive sólo en una lejana eternidad, sino también en su humanidad, a lo largo de su existencia terrestre. Los Evangelios nos muestran que esta relación crece, se fortalece, se revela cada vez más. Elige apoyarse sólo en Dios, y esta elección la hará hasta en la noche más espesa, cuando dé su vida sobre la cruz.

¿No es este abandono radical a la confianza en Dios el que hace brillar ante los ojos de los apóstoles la luz de Dios en Jesús? Moisés y Elías habían sido guiados por esta luz. Pero en Jesús ésta brilla de un modo único. En él, ya sobre la tierra la luz de la resurrección se ha iluminado. Por su abandono en Dios, su humanidad irradia la plenitud del amor de Dios. No podemos nunca cansarnos de maravillarnos de esta eterna novedad.

Por medio del acontecimiento de la transfiguración, Jesús no sólo hace ver a sus discípulos que él está habitado por la luz de Dios, sino que les hace también presentir que él quiere compartir esta luz con ellos. No es sólo la humanidad de Jesús sino también nuestra propia humanidad la que puede estar transfigurada, y esto por la confianza inquebrantable que él pone en nosotros.

Pedro, que estaba presente, lo ha comprendido y transmitido bien. La segunda carta de Pedro se refiere a la voz venida del cielo ese día y comenta: “como lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana” (2 Pe 1, 19).

Cuando, en la oración, miramos hacia la luz del Cristo transfigurado, se nos hace poco a poco interior, viene a habitar nuestros corazones. El misterio de Cristo se convierte también en el misterio de nuestra vida. También nosotros, somos el hijo bienamado de Dios, cada uno de nosotros, cada ser humano en la tierra. Encontramos nuestra propia identidad en el hecho de ser amados sin condición con un amor de eternidad.

Entonces incluso las fragilidades y las imperfecciones pueden convertirse en una puerta por la cual Dios entra en nuestra vida. Las espinas que obstaculizan nuestra marcha alimentan un fuego que alumbra el camino. Ciertamente nuestras contradicciones interiores, nuestros miedos permanecen. Pero, por el Espíritu Santo, Cristo viene a penetrar lo que nos inquieta de nosotros mismos, hasta el punto de que las oscuridades pueden ser iluminadas por su presencia. Sí, también a nosotros se nos ha prometido una transfiguración. En Cristo, todo lo que ha sido creado es bueno, Dios lo asume plenamente. Nuestra propia humanidad no es abolida, puede encontrar en Dios como un cumplimiento.

“Escuchadlo” dice la voz venida del cielo. Nuestra actitud frente a la vida depende de esta atención a la presencia continua de Dios. Está en nosotros y delante de nosotros. Estar a la escucha de Dios no hará automáticamente mejores nuestros proyectos con vistas a animar la vida de nuestras Iglesias. Si elegimos dar prioridad a esta escucha, quizá nos haremos más vulnerables. Pero una determinación interior crecerá y con ella una soltura para entregarnos más fácilmente al sople del Espíritu Santo. Podremos discernir la presencia de Dios en el mundo y seguiremos con más valentía su voluntad.

Como los apóstoles, comprendemos a veces muy poco esta realidad de nuestra propia transfiguración. Nuestra confianza sigue siendo parcial, nuestra fe se queda pobre. Y sin embargo, mirar hacia la luz, escuchar simplemente la voz venida del cielo nos transforma ya.

En el monte de la transfiguración, Pedro, Santiago y Juan estaban juntos. A través de ellos, toda la Iglesia estaba allí. Si también nosotros, todos juntos, escuchamos más a menudo, en una humilde plegaria común, la voz de Dios, quizá la comprenderíamos mejor. El Espíritu Santo podría actuar mejor y -¿quién sabe?- podrá incluso sorprendernos.

Y juntos oramos: Jesús, Luz de nuestra vida, tú conoces nuestras fragilidades, pero tú vienes a transfigurarlas. Mirando tu palabra, esperamos que el astro de la mañana ilumine nuestros corazones y que una esperanza se eleve sobre el mundo, como un día nuevo que ya ha comenzado a despuntar.

